



► La escritora de Cartagena a los veinticuatro años, en la Aparecida.

CARMEN CONDE

Honda verdad, secreta pasión



Dña. Mª José Sánchez Cascales

Presentación

Buenas tardes y bienvenidos al Centro Cultural Las Claras, donde la Asociación Universitaria SAAVEDRA FAJARDO ha organizado un ciclo de conferencias sobre poetas murcianos. Como saben, la de hoy trata sobre Carmen Conde.

Para hablarnos sobre dicha escritora nos acompaña su biógrafo D. José Luis Ferris, al cual tengo el honor de presentar.

José Luis Ferris nació escritor en la ciudad de Alicante en 1960, pero él no lo supo hasta que cumplió los 9 años, y ganó varios premios de redacción en la escuela. Se hizo un gran lector y eso le ayudó a viajar por todos los mares del mundo sin salir de casa. Cuando creció se marchó –esta vez de verdad- a Salamanca, donde se licenció en Filología Hispánica y es doctor en Literatura Española por la Universidad de Alicante.

Con su primer libro de poemas “Piélagos”, que recibió el Premio de la Crítica de la Comunidad Valenciana en 1986, se da a conocer en el mundo literario. Confirmaría su trayectoria poética con las obras “Cetro de Cal”, accésit del Premio Adonais 1984, y “Niebla Firme”.

Como prosista es autor de los relatos infantiles “La Isla de Tododelrevés”, de 2007, “Las Palabras del Agua” y “Gacela de Amor y Nieve” en 2008.

Ha realizado la edición crítica de la Antología de la Poesía de Federico García Lorca y la Antología Poética de Miguel Hernández, además de publicar trabajos especializados sobre Gabriel Miró, Azorín, Juan Gil-Albert y la revista de posguerra Verbo.

Obtuvo el premio Azorín en 1999 con su primera novela “Bajarás al Reino de la Tierra”.

En el año 2000 publicó su segunda obra narrativa “El Amor y la Nada”.

Es autor también del ensayo biográfico “Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta”, obra con la que obtuvo el Premio de la Crítica de la Comunidad Valenciana en 2003.

En el año 2004 publica "Maruja Mallo. La gran transgresora del 27", biografía de una de las figuras más representativas y silenciadas de la vanguardia artística española.

Y en 2007 publica "Carmen Conde. Vida, pasión y verso de una escritora olvidada", obra que explora en profundidad en la sorprendente vida de la que fuera primera mujer académica.

Durante varios años ha sido columnista del diario El País.

Ahora reparte su tiempo entre sus alumnos de la Universidad, sus nuevas novelas, su familia y amigos, y ese amor a las palabras y al mar. Y después de este apunte a carboncillo sobre su perfil humano, damos la palabra al profesor José Luis Ferris y a Vds. las gracias siempre por su atención.



Ponente: D. José Luis Ferris
*Biógrafo de Carmen Conde,
escritor y profesor de
la Universidad Miguel Hernández*

Carmen Conde: honda verdad, secreta pasión

Notas sobre los comienzos literarios de la escritora

Conocer a una escritora del talento, la capacidad creadora y el temperamento humano de Carmen Conde exige, cuanto menos, una tarea de prospección y un análisis más que detallado de sus antecedentes; la prueba es que, como bien afirmaba Gabriela Mistral, «una infancia vasta o enteca es la que nos vuelve ricos o pobres para toda la vida»¹. Esa edad en la que se forjan los sueños, las esperanzas y los miedos futuros, en la que se prueban los espantos más grandes, los terrores, las angustias, pero también el júbilo y la dicha, esos años primeros que han de ser determinantes para cualquier individuo, adquieren en Carmen Conde (Cartagena, 1907-Madrid, 1996) un valor esencial no sólo a la hora de trazar su perfil humano, sino también, y de modo imprescindible, en el momento de considerar su obra.

Así, las primeras anécdotas y estampas que Carmen recoge en sus memorias de esa infancia primera corresponden, sin perfiles demasiado definidos, a la etapa que va de los tres a los seis años. Ella misma reconoce que todos esos recuerdos le fueron viniendo con cierta mezcla de realidad y de fábula, de experiencia y de imaginación: «Yo era aquella niña delgada, rubia e imaginativa que nunca podía poner de acuerdo los mundos propio y ajeno»². Y en ese mundo de relativa opulencia en el que era fácil presumir de bienes materiales, de infinitas atenciones por su condición de hija única y de toda una mitología

- 1 Gabriela Mistral: «Carmen Conde, contadora de la infancia», prólogo a *Júbilos: poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos*, 1934, recogido en *Obra poética de Carmen Conde (1929-1966)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1979², pág. 51.
- 2 Carmen Conde: *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos (1914-1920)*, recogido en *Obra poética de Carmen Conde (1929-1966)*, op.cit., pág. 129.



► Con su padre, Luis Conde Parreño, en Cartagena, a los dos años" Fotografía de Haro Hermanos.

de personajes y animales colocados en la órbita de su imaginación, la niña fue edificando su paraíso infantil, afilando su curiosidad y alimentando esa gran capacidad de fantasía que, al correr de unos años, sería el germen de sus primeros escritos literarios.

De entre todos aquellos recuerdos aflora en primer lugar la imagen primitiva de un padre generoso y confiado, eclipsada en buena medida por la cabal y arrolladora figura de doña M.^a Paz, una madre recelosa y firme que cumplía el papel de represora institutriz sobre su hija.

Carmen no veía en su padre más que virtudes y atenciones con ella, una infinita comprensión que se ajustaba como un guante a su incipiente costumbre de idealizar la vida. Al otro lado, la madre siempre aparecía asentada en la tierra y enfrentada de continuo a esa utopía familiar que veía como una amenaza contra su estabilidad y la de los suyos. Y parece hasta comprensible que, en aquel tiempo, la pequeña, resuelta y rebelde, sólo viera en su madre a una especie de enemigo que vivía pendiente de sus actos y hasta de sus pensamientos, un ser autoritario que no sólo se inmiscuía en sus juegos y aficiones, sino que parecía dispuesto a romper la complicidad que mantenía con su progenitor: «A mi padre no le importa lo que hago, pero ella le calienta la cabeza a diario»³, se lamentaba más de una vez ante su prima Amelia.

De lo que no cabe duda es de que doña M.^a Paz era una mujer de gran fortaleza moral y física que contrastaba sobremanera con la de un padre más delicado, más frágil y más vulnerable.

De aquella etapa, Carmen siempre guardó bellísimos recuerdos: una casa espaciosa y soleada, una criada rechoncha, pequeña y bastante entrada en años, la señora Angélica, y todo un repertorio de personajes que deambulaban por aquel paraíso cómplice y benefactor.

Carmen pasaba horas y horas observando e incordiando a la vieja criada, siempre dispuesta a saciar el hambre de fantasía de la niña. Le relataba episodios de su lejana niñez, de la casita que habitaba sobre la cima de un monte y aquella historia de los enanos que vivían bajo la misma tierra.

Cuando Paco, el cochero, y su hermano Fausto aparecían por la casa, la fantasía tomaba nuevos vuelos. Sentada en la galera, salía con aquella estupenda compañía a recorrer los caminos cercanos al ritmo de una jaca negra con estrellitas blancas. Pero el mejor era Juan, uno de los empleados de su padre que supo ganarse su cariño con cuentos y locas invenciones.

Y luego estaban ellas, *Polvorilla* y *Golondrina*. *Polvorilla* era una burrita de color ave llana que alegró los mejores días de nuestra escritora. Llegó por sorpresa a su vida una víspera de Reyes. Fue Diego el *Churro*, un amigo de la familia, quien la trajo hasta la puerta de la casa ligada a un coche con asientos de terciopelo azul y estribos dorados. Aquel paseo por la Alameda al trote de *Polvorilla* fue una emoción que nunca olvidó la escritora. Como tampoco la del día de San Antón en el barrio gitano, donde se festejaba la bendición de los animales y la burra apareció empavesada y lujosa, ataviada de borlas y libre de calesa.

3 *Ibid.*, pág. 40.



▷ La joven Carmen Conde en una foto de estudio.

Algo semejante debió de ocurrir con *Golondrina*, una jaca azabache, fina, con un reguerito blanco que le nacía en la frente y le llegaba al hocico. Cuenta la propia autora que por aquellos años su padre tenía una pequeña heredad en Balsapintada, en pleno Campo de Cartagena, apenas a 7 kilómetros de Fuente Álamo. Era un pueblecito apartado de la opulencia mundana que surgía entre ramblas y cultivos y del que la niña guardaría el tierno recuerdo del primer teatro que vieron sus ojos, concretamente una representación del *Auto de los Reyes Magos* que se hacía por Navidad en la puerta de la iglesia. Allí, a Balsapintada, llevaban a la pequeña Carmela para curar sus fiebres y era allí, en una cochera que hacía las veces de cuadra o cobertizo, donde vivía el caballo.

No fueron pocos los seres y las cosas que iban desfilando ante sus ojos durante aquellos años y de los que dejó puntual constancia. Allí estaba, entre los tipos populares de la época, el ciego mendicante que iba de puerta en puerta cantando coplillas y oraciones a cambio de unas monedas. El anciano que se dejaba caer por la calle de la Palma tenía el apodo de *El Verano*.

Lento, con unos ligeros golpecitos acompañantes, sube el ciego con su guitarra.

Mi madre lleva una bata clara o blanca, y está contenta. Esta visita la recibimos semanalmente. El *Verano* es un buen hombre entrado en años, que va de casa en casa ("sus parroquianos") a cantar oraciones. Recibe unas monedas, otros regalitos, y se va dichoso de ganarse la vida alegrando a la gente con su guitarra y su honrada voz devota. Fue el primer cante que oí en mi vida⁴.

Eran oraciones a la Virgen del Carmen o al mismo San Antonio de Padua en las que se intercalaban historias cotidianas o milagrosas, episodios que buscaron su acomodo en aquella mente infantil.

2. La primera escuela

Si hay un hecho que se hace preciso destacar en estos años es que mucho antes de aprender a leer, de conocer el alfabeto, Carmen sentía una enorme preocupación por los *nombres*. Era más que curiosidad, porque el asombro que provocaba en ella el mero hecho de nombrar un objeto generaba en su cabeza multitud de preguntas: ¿quién se encarga de elegir el nombre de las cosas?; ¿por qué llamarlas así y no de otra manera?; ¿de qué lugar vienen los nombres?...

Creo que no tendría ni cuatro años siquiera —comentaba Carmen en una entrevista— cuando, viviendo en la calle de la Palma, en la misma casa en que nací, mi madre me llevó de la mano a una tienda, a una modesta tienda, que entonces se llamaba de ultramarinos, y ella se puso a comprar cosas y yo encontré que allí había unos sacos muy bonitos, unos sacos muy graciosos de cosas, de garbanzos, de habichuelas, [...], y entonces recuerdo clarísimo, lo he

4 Carmen Conde: *Por el camino, viendo sus orillas*, Vol. II, Barcelona, Plaza & Janés, 1986, pág. 13.

recordado toda mi vida, que yo pensé: "cuatro años..." [...], pero ya el nombre atropellaba mi corazón y quería darle su nombre a las cosas⁵.

La otra pregunta que lanza la escritora hacia el fondo de su memoria es aparentemente sencilla: ¿sabemos cuándo aprendimos a leer? Y ella misma responde: «No lo sabemos. Estamos leyendo desde siempre, y el día en que fue posible el milagro no podemos hallarlo, localizarlo...»⁶. Puede que fuera su propia madre la encargada de enseñarle las primeras letras, pero quien toma mayor consistencia en su recuerdo es Sor Matilde, la monjita del Colegio de San Miguel a donde la llevaron al poco de cumplir los cinco años.

La escuela, que fue en su tiempo asilo, estaba regentada por las monjas de San Vicente de Paúl. Se hallaba en la calle de la Jara, a dos pasos de la de Carmen. Allí conoció a Sor Rosa, la religiosa que se deshacía en atenciones con ella. Y allí vivió la experiencia de sus primeras lecturas, en los libros escolares, junto a aquellas compañeras que también recordaría en su segunda obra poética con su nombre y su gracia: Salvadora García, María Vega, Carmen Morillas, Lucía Jiménez, Gloria Hernández...

3. La ruina familiar

Aún no había cumplido Carmen los siete años cuando su reino infantil se desplomó como un castillo de naipes. El negocio paterno entró en quiebra y la ruina asoló de la noche a la mañana la estabilidad familiar. Lo perdieron todo: casa, hacienda, bienes, coche y sirvientes.

Para la pequeña Carmela, el cambio que iba a suponer el descalabro familiar no tuvo al principio efectos alarmantes. Contemplaba con cierta indiferencia y hasta con sano regocijo aquel cambio de hogar y el repentino "traslado" al domicilio de sus tíos maternos. Lo terrible comenzó poco después, cuando las consecuencias de la ruina afectaron muy directamente a su mundo sensible, alteraron el orden de su pequeño universo y se vio desprendida de aquello que le reportaba mayor felicidad:

Allá lejos, en la puerta de la cochera, estaban *Golondrina*, el tartanero y dos hombres más. Se le angustió de presagios el alma. ¿Es que se llevaban el caballo? Pero no dijo palabra. ¡Toda la mañana con secreto! A medio día le temblaba la voz, el alma, la sangre bulliciosa otras veces.

—¿Y Golondrina?

Entonces el padre dijo, sacándole humo al cigarro:

—La he vendido esta mañana.

Tuvo alientos su sorpresa:

—¿Por qué la has vendido, papá? ¡Yo la quiero mucho!

5 Zenaída Gutiérrez-Vega y Marie-Lise Gazarian-Gautier: *Carmen Conde, de viva voz*, New York, Senda Nueva de Ediciones, 1992, pág. 87.

6 Carmen Conde: *Por el camino, viendo sus orillas*, Vol. I, *op.cit.*, pág. 23.

—¿Por qué? —¡cuánto humo salía del cigarro, tapando el rostro del padre!—. La he vendido porque ya no tenemos dinero, hija mía, para tener caballo...⁷

Algo semejante había ocurrido con *Polvorilla*. La efímera dicha de Carmela se tornó en puro llanto cuando le dijeron que la burrita estaba enferma de una pata y que debían venderla antes de que se quedara coja del todo: «—¿Coja? ¡Y qué! Es *Polvorilla* —argumentaba, sollozando, la niña. Pero sí que la vendieron. Sí que se la llevaron para siempre»⁸.

Carmen nunca se olvidó de aquella noche en que caminaban los tres, con los últimos hatillos del traslado, hacia la casa donde les darían amparo y cobijo. Era al día siguiente cuando don Luis debía embarcar y la pequeña durmió abrazada a su cuello, asfixiándole. Lo demás quedó envuelto en una niebla de pesadumbre y de melancolía cuando el padre zarpó del muelle en el *Ausias March* rumbo a Barcelona.

Doña M.^a Paz y la pequeña Carmela tuvieron que acogerse a la generosa hospitalidad de un hermano de aquella en una modesta vivienda que se transfiguró en su nuevo hogar durante un tiempo de inevitable aflicción para todos. «El barco donde se fue mi padre era mi obsesión —seguía recordando—... Tan pequeña era mi capacidad de olvido que la fiebre aumentaba la memoria»⁹.

Lo mejor de aquel tiempo viviendo en casa ajena fueron, sin duda, sus primos Eduardo y Antonio. El segundo, Antonio Abellán Amorós, fue quien mejor y más profunda huella dejó en aquel espíritu inagotable y despierto. Antonio ejerció de guardián y de hermano con la pequeña y cabe la certeza de que ya entonces, pese a la corta edad de la niña, le transmitiese sus aficiones literarias. De su mano descubrió las aventuras de Raffles, de Sherlock Holmes y de Nick Carter, leyó los primeros cuentecitos de Calleja y hasta puede que cayeran en sus manos algunos libros de poesía. Ocho años mayor que ella, Antonio ya mostraba sus dotes de buen lector y un gusto muy marcado por la literatura que, a los pocos años, pudo refrendar en varios artículos publicados en la prensa local, llegando a dirigir la revista *Cartagena Ilustrada* y a ver en letra impresa algunos de sus libros. La niña llegó a sentir verdadera devoción por aquel muchacho que le leía cuentos a los pies de la cama cuando estaba enferma y al que doña M.^a Paz tenía que recurrir más de una vez para que la pequeña comiera, puesto que era a la única persona a la que, según parece, obedecía¹⁰.

7 Carmen Conde: *Júbilos: poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos*, 1934, recogido en *Obra poética de Carmen Conde (1929-1966)*, op.cit., págs. 89-90.

8 *Ibíd.*, pág. 88.

9 *Ibíd.*

10 M.^a Victoria Martín González incluye en su libro *La huella de Murcia en la producción literaria de Carmen Conde Abellán* (op.cit., págs. 29 y 38-40) varios fragmentos de las conversaciones mantenidas con Antonio Abellán (hijo) en diciembre de 1993, en la que éste da precisa cuenta de la poderosa influencia que su padre ejerció sobre la escritora.



▷ La escritora de Cartagena, ataviada con atuendo oriental, junto a su madre, en Melilla, en 1916.

4. Melilla: la segunda infancia

En febrero de 1915, madre e hija, siguiendo los pasos del progenitor, marcharon a Melilla para encontrarse con él. El padre había dejado la ciudad Condal tras la epidemia de tifus y el fracaso en su busca de empleo. El nuevo hogar africano, así como el trabajo de don Luis en un comercio de la calle Chacel, la confitería *La Campana*, no podían ser más humildes. Debían prescindir de las comodidades de antaño y ceñirse a una vida austera, sin caprichos, y recurriendo más de una vez a la imaginación para subsistir. Sin ir más lejos, la escuela a la que enviaron a la pequeña aquel año de 1915 tenía que ser, sin elección posible, un colegio público que no supusiera un gasto añadido a la precaria economía familiar.

Carmen fue matriculada en la Escuela Nacional del Polígono, que dirigían doña Ana Pedrosa Carretero y doña Vicenta Garcés¹¹. A ella acudían trececientas niñas de todas las nacionalidades, de muy variada condición y de diferentes confesiones y costumbres. Fue sin duda una experiencia que enriqueció enormemente a nuestra escritora ya que, tras un periodo de adiestramiento espiritual en un centro católico con las monjas de San Miguel, pasaba a descubrir valores tan nuevos para ella como la tolerancia y el respeto a la diversidad. Era «una armónica Edad Media conviviendo con hebreos y árabes»¹², manifestaba Carmen en 1982 al evocar esta feliz etapa de su vida. «Conocí a niñas moras, niñas hebreas (allí no se dice judías) —confesaría asimismo la escritora en 1991—. Y además, convivía y jugaba con ellas, alternábamos en los colegios. [...] Era muy pequeña y a mi madre lo que le preocupaba era que aprendiera lo español antes que lo hereje, como ella decía; pero, claro, su concepto de eso también se modificó con el tiempo. No teníamos prejuicios de raza»¹³.

5. La Buena Juanita y La Flora

De lo que también habría de guardar nuestra escritora un recuerdo divertido y piadoso es de los libros escolares. Por un lado estaban los libros de texto de Geografía para pri-

-
- 11 En el diario local de Melilla *El Telegrama del Rif*, de fecha 26 de marzo de 1913, se habla de la celebración en esos días de la tradicional Fiesta del Árbol, a la que habían acudido los colegios de la ciudad. En sus páginas se menciona textualmente a los principales responsables de los centros y se brinda un homenaje a la labor realizada por los directores y directoras con los escolares de Melilla: «De niñas: las escuelas públicas de la Plaza, el Polígono, Real y Alfonso XIII, y los párvulos de los mismos barrios, que dirigen respectivamente, Doña María Navas, Doña Ana Pedrosa, Doña Vicenta Garcés, Doña Adela Echevarría, Doña Matilde del Nido, Doña Faustina González, Doña Victoria del Nido y Doña Ana María Cámez. Y las particulares de la Purísima Concepción, de Doña Concepción Ortopeda; Escuela Francesa, de M. Moryusef, Colegio Inglés, de Mrs. M. Thomson». La cita ha sido recogida asimismo por Pilar Gabriela Osuna Benavente en *Educación y Sociedad de Melilla durante el primer tercio del siglo XX*, Colección Ensayos Melillenses, nº 6, Melilla, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Consejería de Cultura, págs. 163-189, 2000; también se menciona en el libro *Mujeres en Melilla*, de M.ª Ángeles Sánchez Suárez, Granada, SATE-STEs y Grupo Editorial Universitario, 2004, página 32, nota 11.
- 12 Palabras pronunciadas por Carmen en una entrevista emitida por Radio Nacional, Radio Madrid, el 4 de septiembre de 1982 dentro del programa *El escritor y su obra*, realizado por Julio Rico.
- 13 Zenaida Gutiérrez-Vega y Marie-Lise Gazarian-Gautier: *Carmen Conde, de viva voz, op.cit.*, pág. 16.

mera enseñanza, compendios de urbanidad y cortesía, de higiene y economía doméstica, pero sobre todos estaban las lecturas de esas obras moralizantes que llevaban décadas sembrando melindres en el corazón de las niñas españolas: *La Buena Juanita* y *La Flora*. Allí estaban esos personajes modélicos, prudentes y virtuosos. Allí estaba la archibuena de Florita, educada para la perfección por don Prudencio, su padre, doña Sofía, madre y esposa ideal, y su abuelita doña Ángela.

Aquella familia de clase media —comentaba Carmen con ironía— era ejemplar en todos los momentos de su vida doméstica. [...] Confieso que leyendo algunos capítulos de tan singular libro escolar, hasta lloré enternecida al conocer rasgos caritativos de la niña: daba el dinerito que le regalaban para comprarle castañas asadas a una pobre mendiga friolera y hambrienta. Se comía todo lo que le ponían en los platos, le gustara o no, sumisa y obediente¹⁴.

Y lo curioso de aquella lectura es que a la pequeña Carmela no le causaba ningún efecto correctivo, antes bien, le habría de servir para no parecerse en nada a Florita y reafirmarse en su fama de revoltosa, juguetona, fantasiosa y alegre. «A mí no me inspiraba ninguna envidia la conducta de Flora —decía Carmen—. Sencillamente me aburría. [...] Mi padre se llamaba Luis no Prudencio, y lo prefería en muchísimo a don Prudencio. Yo no comía casi nada, y todos se esforzaban por excitar mi apetito. [...] Entre Flora y yo existía un abismo...»¹⁵.

Resulta curioso que quince años después de aquella experiencia, recién proclamada la II República, Carmen empleara la tribuna de un periódico de la época, el diario *Informaciones* de Madrid, para denunciar que en pleno 1931 se siga propagando el ejemplo amanerado de ciertas lecturas: «*La Buena Juanita* y *la Flora* son tan ñoñas, tan absurdas, que irritan. ¡De ellas sólo saca la infancia una estupidez hipócrita, sencillamente innecesaria! [...] Flora es insoportable. A fuerza de comedia, su abuela y su madre y su padre, la hacen tonta de capirote...»¹⁶.

Carmen no había cumplido aún los nueve años, era 1916, pero ciertos rasgos de su personalidad ya estaban muy definidos. No se consideraba, ni mucho menos, una niña buena ni aspiraba a parecerse, como hemos podido ver, a Flora la perfecta. Era muy caprichosa pero, dada la situación familiar, había aprendido a controlar bastante bien su deseo de pedir cuanto fuera de su antojo.

14 *Ibid.*, pág. 22.

15 *Ibid.*, pág. 23.

16 El artículo de Carmen Conde titulado «*La Buena Juanita* y *la Flora*» apareció en el diario *Informaciones* de Madrid en 1931 dentro de la sección «Los niños. Lecturas escolares». Posteriormente volvió a incidir sobre el mismo tema en dos nuevos trabajos: «*La Buena Juanita*/ *Florentina*», en *El Pueblo: diario republicano de la tarde*, Cartagena, Año 1, números 90 y 98, 7 y 15 de enero de 1936, pág. 1; «*La Buena Juanita: provincianismos*», en *El Pueblo: diario republicano de la tarde*, Cartagena, Año 1, núm. 87, 4 de enero de 1936.

6. El Quijote y el *Raphaël*, de Lamartine

A comienzos de 1917, debido a circunstancias que afectarían muy positivamente tanto a Carmela como a sus padres, la familia de los Conde-Abellán vio felizmente alterada su situación. Don Luis dejó su empleo en la confitería de la calle Chacel y se estableció en un taller de joyería, cambiaron de domicilio y la niña, a finales de junio, abandonó la Escuela Nacional del Polígono para asistir al Colegio Inglés de Miss. Thomson. A aquel centro privado acudían niñas de familias acaudaladas y distinguidas. Fue allí donde nuestra escritora conoció a Miss Minnie Thomson, la directora del colegio. Fue aquella mujer alta y delgada quien le habló por vez primera de *El Quijote*. «Es el mejor libro español», le dijo. «Don Quijote es un romántico». Pero Carmen era demasiado pequeña para entender aquello del romanticismo y, empujada por su curiosidad, persiguió a la profesora hasta obtener la ambigua respuesta de una nueva y más compleja lectura: «Una tarde en que Miss Minnie arreglaba sus cosas en un cajón encontró un libro pequeño, delgado, con letra muy diminuta. Me lo regaló: es *Raphaël*, de Lamartine». Carmela lo leyó con mucha devoción y descubrió que el romanticismo del caballero de la Mancha se fundamentaba en la fe, en el optimismo, en la esperanza y en la redención; que *Raphaël* era un romántico fúnebre, sin fe alguna, sin esperanza y sin vida porque estaba enfermo de delirio.

Carmen presumiría con orgullo, muchos años después, de que su profesora, al igual que otros maestros del centro como don Rafael Álvarez Moreno, titular de Urbanidad, la tratara de un modo diferente a las demás alumnas.

7. Las primeras lecturas

La vida de Carmela había cambiado, sin duda, desde su traslado a una nueva vivienda y a un nuevo colegio. A partir de 1917, su mundo y su horizonte se definían ya entre dos polos tan firmes y complementarios como sus lecturas y sus relaciones con muchachos y muchachas de su edad en una prematura adolescencia deliciosa y fecunda.

Que los libros fueron adquiriendo un progresivo protagonismo en su escala de valores es un hecho más que probado, pero conviene abordar con detenimiento la poderosa influencia que éstos ejercieron sobre ella desde edad muy temprana y el tipo de lecturas que, en cierto modo, propició su afición y su marcado interés por la literatura en general y ciertas obras en particular.

De entrada, Carmen siempre reconoció su gran deuda con aquella literatura de kiosco que alegró ampliamente su infancia, desde el *TBO*, que apareció en 1917, a las ya citadas aventuras de Sherlock Holmes, Nick Carter, Dick Turpin y Raffles que leyó al amparo de su primo Antonio. También de él nacería su afición a los cuentecillos de Calleja, una especie de antesala de lo que serían lecturas más enjundiosas como los relatos de Andersen, Perrault o los fascinantes tomos de Salgari, Julio Verne y Ponce de Terrail, el autor de *Rocambole*, en Ediciones Sopena de cartoné coloreado y al precio de 90 céntimos.

Pero aún andaba ella, a sus diez años, en la etapa de los cuentos ilustrados y minúsculos de Saturnino Calleja, aquellos libritos que iluminaban, con su colorido prodigioso, el escaparate de la librería de *Boix Hermanos*, en la calle Chacel. Ante él, como comenta nostálgicamente nuestra escritora, el tiempo desaparecía. Y también «restándolo o quitándolo de su tiempo y de su amor a los caramelos», Carmela lograba aumentar en algo el poco dinerillo que le daban sus padres o su madrina para correr a la tienda de los hermanos catalanes y comprar nuevos cuentos.

8. El León de Damasco

En diversos episodios llegó a referir la poetisa cartagenera su salto a nuevas y más extensas lecturas¹⁷. El hecho tuvo, al parecer, fecha y lugar específicos. Fue durante aquella primavera de 1917, poco antes de que la suerte sonriera de nuevo a la familia de Carmen, y días después de que don Luis comunicara a su esposa y a su hija su propósito de abrir un taller en el local de una librería en liquidación.

Tras el desmantelamiento de la tienda y el traslado de los libros al domicilio de la dueña, una amable señora que vivía en la calle del Gran Capitán, la pequeña acompañó a su padre al local vacío. Tenía dos escaparates, una sala de venta y una gran habitación interior con servicios de cocina y lavabo. Allí, en la trastienda, olvidado en un rincón, había quedado, como el último resto del expolio, un volumen de Emilio Salgari titulado *El León de Damasco*.

Carmen no pudo resistir la nueva tentación de llevárselo a casa y de leerlo con avidez en apenas unos días, siempre a hurtadillas y a espaldas de su madre, que ya andaba desquiciada por la obsesiva costumbre de su hija de estar leyendo a todas horas. La edición constaba de 266 páginas y era reciente, ya que se trataba de una de las últimas obras de Salgari, editada en Italia en 1910 y publicada por la editorial de Saturnino Calleja hacia 1915 en tapa dura y en formato 10 x 15 cm. En la página final de aquel libro, para información de los lectores, se anunciaba textualmente: "La acción de esta novela continúa en la titulada *El hijo del León de Damasco*".

La viva fiebre que se apoderó de mi interés —declaraba la escritora—, me impulsó a buscar el domicilio de la ex librera, *León de Damasco* en mano, con dos propuestas: devolverle el libro, olvidado en la mudanza, y, ¡esto era lo principal!, obtener la continuación. Esto es: *El hijo del León de Damasco*. La buena señora no me tomó el libro, me lo regaló; luego se comprometió a buscar entre todos los libros que trajo a su casa, el que yo deseaba. [...] Pero, ¡ay de mí! Acudí veinte veces a la casa de Gran Capitán, en vano: aquel libro no aparecía por ninguna parte. Cansadas las dos, ella de buscar y yo de ir a pedírselo, dueña de la ex librería y lectora infatigable, desistimos del asunto¹⁸.

17 Nos referimos a dos apartados recogidos en el volumen II de *Por el camino, viendo sus orillas*, el titulado «Escaparates de la que fuera una librería (Melilla)», págs. 25-27 y «Salgari», págs. 33 y 34.

18 Carmen Conde: *Por el camino, viendo sus orillas*, Vol. II, *op.cit.*, pág. 34.

Muchos años después, en plena redacción de sus memorias, Carmen halló en el buzón de su vivienda madrileña, en Ferraz, 67, unas hojas de propaganda editorial que ofertaban, a todo color y en veinte fantásticos volúmenes, las obras completas de Salgari. Aquel reencuentro con el infeliz escritor italiano despertó sus recuerdos y de nuevo brotaron las preguntas dormidas: ¿qué edición de *El León de Damasco* fue la que leyó a sus diez años? «¿Por qué prometía la continuación a costa de un hijo, absolutamente desconocido para mí, antaño y al presente? Imposible respuesta. Por eso ¿para qué comprar estos XX tomos de Salgari, si entre ellos sigue faltándome *El hijo del León de Damasco*?»¹⁹. Con tales dudas se marchó nuestra escritora de este mundo, acaso acariciando la posibilidad de que aquella narración de aventuras que ni siquiera aparecía entre la extensa relación (más de ochenta novelas y un centenar de cuentos) de obras de Emilio Salgari, fuera producto de su desbordada imaginación.

Pero Carmela no estaba equivocada. *El hijo del León de Damasco*, tal y como se anunciaba en el volumen citado por la poetisa, fue publicado por la editorial Calleja en dos gruesos tomos de 215 y 219 páginas respectivamente, pero esto no sucedió hasta 1920, fecha en la que la familia Conde-Abellán regresó definitivamente a la península. Por otra parte, resulta hasta cierto punto razonable que en el inventario de obras de Salgari no apareciera la tan buscada y deseada novela, al menos si tenemos en cuenta que, para muchos expertos en la obra del veronés, *El hijo del León de Damasco* no fue escrita por Emilio Salgari. Bien es sabido que, tras la trágica muerte del escritor en agosto de 1911, los editores siguieron enriqueciéndose a su costa. La máquina Salgari no podía detenerse, de modo que diversos *negros* e imitadores continuaron su truncada labor dando a la estampa nuevas aventuras que aparecían bajo el nombre del prolífico novelista. En medio de aquella controversia, la editorial de Saturnino Calleja lanzó al mercado un muy dudoso Salgari y una voluminosa novela en dos tomos de la que no existe, salvo error nuestro, una versión en su lengua original (italiano), y de la que sólo nos ha quedado el testimonio de varias supuestas traducciones al español y al portugués (*O filho do leao de Damasco*)²⁰.

9. La Biblia

Sin necesidad de seguir abundando en estos detalles, conviene recordar que más allá del género de aventuras y de los cuentos tradicionales, tras el ingreso de Carmen en el Colegio Inglés, sus lecturas cambiaron sustancialmente. De la mano de Miss Minnie, tal y como comentamos más arriba, conoció *El Quijote* en edición escolar, así como el *Raphaël* de Lamartine. Pero hubo también en ese tiempo ciertas obras que no sólo dejaron una profunda huella en la escritora sino que se convirtieron en libros recurrentes a lo largo de su vida. Uno de ellos fue, sin género de dudas, *La Biblia*.

19 *Ibíd.*

20 En las distintas clasificaciones de las novelas de Salgari, *El León de Damasco* aparece dentro del ciclo de obras menores, exactamente en el grupo del *Capitán Tormenta*. En dicho grupo sólo se le atribuyen al autor los relatos *El capitán Tormenta* (*Capitan Tempesta*, 1905) y *El León de Damasco* (*Il Leone di Damasco*, 1910). Sin embargo, son muchos los lectores que, debido a las narraciones falsamente atribuidas a Emilio Salgari, consideran que el grupo del *Capitán Tormenta* es una tetralogía formada por las novelas *El capitán Tormenta*, *El León de Damasco*, *El hijo del León de Damasco* y *La galera del Bajá*.



▷ El día de su Primera Comunión, el 30 de mayo de 1916, en Melilla.

Bajando por Padre Lerchundi, la niña pasaba diariamente ante la ventana de un joven enfermo al que siempre veía con un libro en las manos. Se llamaba Emilio, era acentuadamente delgado y estaba tísico. Carmela se detuvo una tarde frente al enfermo y le confesó que a ella también le gustaba mucho leer. Emilio le alargó entonces un libro grueso y extraño: «¿Lo quieres? —le dijo— Te lo doy por tres reales». La pequeña corrió a su casa a por los setenta y cinco céntimos, pero dado que la cantidad era excesiva para ella, tuvo que recurrir irremediabilmente a su madre, esa mujer intransigente —así la veía entonces Carmela—, «que le rompía casi todos los libros que veía en sus manos, para que no se enfrascara en leer y dejara de aprender otras cosas de *mujer de su casa*»²¹. No obstante y dada la naturaleza del libro que se empeñaba en comprar, doña M.^a Paz le entregó los tres reales y la niña se hizo con aquel ejemplar profusamente ilustrado de *La Biblia* que comenzó a leer sin demora y con su acostumbrada avidez:

Y tranquilamente me voy con ella al cementerio, que está al lado casi. Éste va a ser mi lugar de retiro para leer en paz, ya que mi madre no aprueba mis lecturas apasionadas. El cementerio da al mar, y yo me instalo junto a las barandas y veo el mar y leo la Biblia. Me impresiona mucho leer en una columna que *una lágrima se marchita, una oración la recoge Dios*. Rezo y evito llorar aunque me den ganas cuando veo algún entierro por allí cerca. Naturalmente que nadie sabe, cuando digo que me voy a jugar, que es al cementerio adonde me voy con mi Biblia²².

10. Las mil y una noches

En el mismo edificio donde vivían los Conde-Abellán tenía Mariano un pequeño apartamento. Mariano era militar y pasaba el día fuera de casa, en lo que entonces se denominaba el *campo* o zona de acuartelamientos situada a unos kilómetros de la ciudad. Era novio de Encarnita, una de las hijas del sastre de al lado, a la que Carmela conocía bien pues, además de vecina y de verla acudir semanalmente al piso del militar para hacerle la limpieza, eran amigas. Más de una vez acompañó la niña a Encarnita a casa del novio con el propósito de curiosear y de contemplar los estantes de libros que almacenaba el joven. Fue allí donde halló una de las grandes y reveladoras lecturas de su vida: *Las mil y una noches*. Bien en el secreto rincón del cementerio, frente al mar, o bien en la íntima guarida que halló bajo su cama (siempre con la complicidad de su perra *Sultana*), nuestra escritora se alimentó de aquellas deslumbrantes historias hasta extremos inconfesables.

11. Romances

La vida fue la otra fuente de conocimiento y enseñanzas que la escritora nunca desdenó. También había literatura en la calle, en la escuela y hasta en casa de las vecinas. Carmen tenía diez, once años, y de la tierra que habitaba en aquel Marruecos hospitalario y generoso apenas conocía la breve historia que aprendió en el colegio. La verdad sote-

21 Carmen Conde: *Por el camino, viendo sus orillas*, Vol. II, *op.cit.*, pág. 39.

22 Carmen Conde: *Por el camino, viendo sus orillas*, Vol. I, *op.cit.*, pág. 26.

rrada, el pasado de aquellas gentes que se perdía en un tiempo de esplendor y en una España remota que llamaron *Al-Andalus* y de la que fueron cruelmente expulsadas, se reveló ante la pequeña una noche de verano en forma de romance. Y sucedió que, en la casa contigua a la suya, Clota, una de sus compañeras del Colegio Inglés, y su hermana Ordoña se dedicaron a entonar monótonas cantigas que a Carmela le sonaron a lengua vieja y vulgar. Sus vecinas marroquíes cantaban usando extraños vocablos, expresiones pueblerinas y pedestres como *lo vide, hablar o aquesta*. Se trataba, por supuesto, de **romances**, pero fue muchos años después, al estudiar en profundidad la Historia de la Literatura y, más concretamente, los romances castellanos, cuando Carmela descubrió que las canciones de sus vecinitas tenían más siglos encima que la ciudad en la que fueron a nacer Clota y Ordoña. Aquellas cantoras del norte africano no hacían otra cosa que prolongar la voz de sus ancestros y custodiar el tesoro oral de los viejos romances; hasta sus nombres eran todo un tributo a la riqueza poética de la España de don Rodrigo y los siete Infantes de Lara.

12. El regreso

Aquellos cinco años en Melilla habrían de ser decisivos en la formación humana e intelectual de Carmen, no sólo por la viveza y el ímpetu con los que su sensibilidad acogió aquella etapa, sino porque fue en esa ciudad y en ese tiempo donde, según su propia confesión, tuvo lugar su verdadero nacimiento a la vida, al mundo de la literatura y de los sueños, al genio que la definía y a las primeras y grandes amistades. «En Melilla precisamente se despertó mi vocación de escritora», sentenció en octubre de 1986 la poetisa cartagenera durante una de sus últimas visitas a Marruecos.

Ya en Cartagena y mientras la familia encontraba acomodo en un nuevo hogar, tuvieron que vivir durante un tiempo en casa de un hermano de doña M.^a Paz, la misma vivienda que habían ocupado la madre y la niña en 1914, antes de viajar a Melilla. Para Carmela fue más que un consuelo volver a compartir hogar con su querido primo Antonio Abellán Amorós. Los años no habían pasado en balde, ella era casi una mujer y su primo hermano, que contaba ya con veinte años, tenía una crecida biblioteca que no dudó en poner a disposición de la muchacha: «Nena, a ti que te gusta tanto leer, lee todo lo que hay en este y en este y en aquel estante. Pero en aquellos, no. De esos libros no debes leer ni uno solo». «Respeté la prohibición porque le quería mucho —explica la escritora—. Y fuera de aquel estante leí cuanto cayó en mis manos»²³.

Imaginamos que en el estante prohibido habría libros poco recomendables para una niña de doce o trece años, pero cuesta mucho creer que la curiosidad de Carmela pudiera resistirse a tamaña tentación.

Al año de su regreso, la familia ya tenía hogar donde vivir (un inmueble en el número 13, duplicado, piso tercero, de la calle Martín Delgado) y Carmela disponía de habitación propia para leer, estudiar y comenzar a hacer sus primeros escauceos literarios. No abandonó su costumbre de leer con fruición y sin medida alguna. Al contrario, lo que su madre

23 *Ibid.*, pág. 27.

consideraba vicio insano e impropio de una adolescente, se convirtió en necesidad y en motivo de permanente discordia entre Carmela y doña M.^a Paz.

Y la verdad es que resultaba insólito que sin antecedentes familiares que justificaran semejante afán lector y aquellas cualidades imaginativas, la niña hubiera salido a no se sabe quién. Lo cierto es que Carmela tuvo que librar una ardua lucha con su propia madre y contra toda oposición que se enfrentara a sus gustos y deseos.

Afirma el profesor José M.^a Rubio Paredes que «en el periodo de 1920 a 1922 (entre los trece y los quince años de edad), toda la producción de Carmen Conde quedó inédita»²⁴, dando por hecho que la niña-adolescente habría pergeñado en ese periodo de inmadurez y de tanteos una obra apreciable o cuanto menos digna de ser cuantificada. Pero mucho nos tememos que lo único que Carmela pudo hacer en ese tiempo fue coquetear con el lenguaje, emborronar cuartillas y tratar de medir el alcance de su capacidad literaria y expresiva. Nada de cuanto en esos años salió de su pluma mereció ser guardado y la prueba es que ni la escritora ni su madre conservaron una simple hoja de aquellos ejercicios pueriles e intrascendentes. Cuenta además la poetisa murciana en *Confidencia literaria*, texto de 1944, que

de aquel tiempo recuerdo que mi madre llevó algo de lo que halló mío a casa de nuestros parientes. Vi, desde otra habitación, cómo leía mi primo aquellos versos y padecí un rubor espantoso, un sobresalto enorme. Los comentarios, la verdad, fueron adversos. El orgullo me dictó silenciosas respuestas. Todo aquello ocurriría por el año 1922...²⁵

El implacable juez al que se refiere la escritora no fue otro que su querido primo Antonio Abellán, que por aquellas fechas ya hacía sus pinitos en la prensa de Cartagena y comenzaba a rentabilizar su afición literaria con una producción propia que era el orgullo y el deleite de la familia. Pocos conocedores de la vida y la obra de Carmen Conde dudan de la influencia que Antonio Abellán ejerció sobre nuestra escritora, pero quizá se ha exagerado en cierta medida el ascendiente de este primo hermano que, a nuestro entender, no fue más allá de un referente familiar que generó en la niña admiración y una particular empatía dado el gusto común que tenían por los libros. Nadie imaginaba, no obstante, que dentro de aquella niña bullía tal entusiasmo, tal deseo de emular a los poetas y a los novelistas que alimentaban sus sueños y su imaginación, que en cualquier momento, la adolescente torpe y fantasiosa sorprendería al mayor incrédulo con las palabras más bellas y las historias más fascinantes.

24 José M.^a Rubio Paredes: *La obra juvenil de Carmen Conde*. Madrid, Ed. Torremozas, 1990, pág. 20, nota 4.

25 Carmen Conde: «Confidencia literaria», *Entregas de Poesía*, nº 11, Barcelona, noviembre de 1944. Ver Carmen Conde, *Obra poética (1929-1966)*, *op.cit.*, pág. 243.

13. El soplo de Santa Teresa

Aunque para eso aún quedaba mucho terreno que allanar, de modo que, sin flaquear en su empeño, el primer escollo que tuvo que vencer fue la testarudez de su madre. Los días transcurrían invariables. Doña M.^a Paz no cedía en su persecución y la tregua no llegaba. Hasta que un día la suerte quiso contentar a Carmela y se produjo el esperado milagro. Fue su prima Amelia quien hubo de interceder para que la pequeña tuviera el beneplácito materno para leer y escribir con cierto sosiego. Amelia apaciguó a doña M.^a Paz y regaló a la pequeña una mesa y una silla que le sirvieran de escritorio. Carmen estaba encantada: «mesa y silla para ella sola; ahora sí que podía escribir cuando tuviera las palabras que perseguía con tanto ardor [...] La niña colocó su mesa, se sentó en la silla y se puso a pensar. Allí faltaba algo, muy suyo, y se fue a buscarlo entre sus ocultos libros. Cuando lo encontró lo clavó en la pared encima de *su mesa*: era una estampa de santa Teresa muy linda; la santa escribía y el Espíritu Santo le decía al oído cuanto movía la sagrada pluma.

»Se emocionó y juntó las manos...

»—Ahora, santa Teresa, tienes que ayudarme a mí, que no tengo el Espíritu Santo como tú lo tienes»²⁶.

El episodio de la prima Amelia tiene una trascendencia que merece la pena considerar puesto que, de alguna manera, supuso una victoria para nuestra escritora, pero, sobre todo, fue una especie de ritual de iniciación o de bautismo entre poético y místico que le infundió una gran fe en sus posibilidades creativas y un impagable sosiego al poder contar, al menos, con la neutral indiferencia de su madre.

A partir de aquel momento hubo de transcurrir un tiempo de agotadora lucha con el lenguaje y, como ella misma decía, un periodo de «incoherente atropello de imágenes, emociones, ideas», que no lograba revestir de forma y de orden.

14. Alejandro Pérez Lugín, Alberto Insúa y Armando Palacio Valdés

Podríamos afirmar que, por esas fechas –comienzos de 1922– Carmen había encauzado ya su vocación. Contaba con un puñado de versos dolientes y varios pliegos de prosa fluida poblada de vocablos librescos, cuentos de trasfondo romántico y a una novela que comenzó a escribir a los dieciséis años y que llevaba inicialmente el curioso título de *La*

26 *Ibid.*, pág. 41.

*danzarina rusa*²⁷. Carmen era entonces una rendida lectora de autores de moda como Alejandro Pérez Lugín, Alberto Insúa y Armando Palacio Valdés. Del primero contaba, entre sus obras favoritas, con *La casa de la Troya* y *Currito de la Cruz*. De Insúa había leído con deleite *El negro que tenía el alma blanca*; y, de Palacio Valdés, su preferido acaso, *La espuma*, *El señorito Octavio*, *Maximina* y *La hermana San Sulpicio*. También era una devota seguidora de Alphonse Daudet, de quien conocía su novela *Jack*, traducida y adaptada al castellano por Alejandro Sawa con el título de *Calvario* y publicada en El Cuento Semanal; fueron sus lecturas confesas²⁸ y también la fuente de la que se nutrió para ir dando forma a ese primer relato tan enjundioso como ingenuo.

15. Vocación y promoción social

A comienzos de 1923, la poetisa murciana ingresó como auxiliar en el Departamento de Delineación de la constructora naval de Cartagena. Su labor consistía en calcar y pasar a limpio los planos de las piezas de las máquinas que moverían los barcos en construcción, naves principalmente de guerra. Fue su oficio durante cinco largos años, una etapa en la que supo compaginar su tarea manual con la lectura y con sus primeros escritos conservados. Carmen llevaba con bastante entereza y con mucha convicción su voluntad de no abandonar la literatura. Parece que su nuevo empleo no constituía una traba ni un perjuicio para ella. «Los 16 años se cumplen allí poco después del ingreso —afirma más adelante—, y la muchacha es feliz con su trabajo, con sus compañeras, con sus pretendientes y con sus cuartillas»²⁹.

Sin embargo, aunque su memoria de aquel tiempo y de aquel trabajo tuviera un halo nostálgico, positivo a veces, debajo de sus afirmaciones cabe presentir una melancolía y un pesar profundos que prefirió callar y que sólo se confesó a sí misma en las páginas de su cuaderno secreto. En él dejó bien claro que fue obligada a trabajar, que la precaria situación de su familia hizo que renunciara a muchos de sus sueños, que sentía vergüenza cuando la señalaban camino de la oficina y que, de algún modo, la literatura se convirtió no sólo en su salvación sino en el único medio que la sacaría de la injusta vida que llevaba.

27 Entre las “Breves notas autobiográficas” escritas entre 1923 y 1925 que se conservan en los archivos del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena hay un texto fechado el 11 de noviembre de 1924 en el que dice la poetisa: «A este joven (Andrés Cegarra Salcedo) envié yo otra copia de una novela, “La aurora del alma”. Y he recibido una carta que a cualquier principiante llena de gozo y satisfacción». No obstante, entre otros documentos manuscritos que se hallan depositados en el citado patronato, hay un sobre que contiene cuatro relatos y en cuyo anverso puede leerse: «Mis cuatro primeras novelas (!! 1924-1925)». El primero de esos relatos o novela es el que ella titula *La danzarina rusa*; se conserva asimismo dentro de un sobre de la Sociedad Española de Construcción Naval en el que se lee lo siguiente: «Mi 1ª novela (¡Dios la perdone!) Cartagena 1924, “La danzarina rusa” (24 y 30/7/23) (22/1/24). Dedicada a Joaquina. ¡Juro que me falta valor para leerla!».

28 En las citadas “Breves notas autobiográficas” (1923-1925) cabe hacer mención de un primer escrito que tiene todo el aspecto de ser el borrador de una carta. Corresponde al año de 1923 y, aunque carece de encabezamiento, por el contenido se deduce que va dirigido a Armando Palacio Valdés. En un punto de la epístola comenta Carmen las lecturas que llenan su tiempo y hace explícita mención de las obras y los autores aquí señalados.

29 *Ibid.*, pág. 45.



► La escritora de Cartagena, en la década de los 60.

Yo, encerrada en una salita primorosamente estucada, no soy feliz. ¿Cómo serlo si mis sueños no pueden salir de este círculo odioso que me trazó la fatalidad...? [...]. El reloj señala la hora de la partida, y me apresuro, nos apresuramos al marchar. Y otra vez el taconeo por las calles inundadas de sol, entre el devenir de gentes despreocupadas que sólo hacen *vida*. La tristeza me oprime como nunca. Ésa que pasa, que se aleja, que ríe y pasea feliz, ¿vale tanto como yo? ¿no puedo soportar airoosamente la comparación...? Entonces... ¿por qué es feliz? [...] Y luego, a las dos de la tarde, cuando el sol cae con mayor fuerza ¡otra vez a la oficina! La gente mira y remira asombrada; con esa curiosidad burlona y antipática de los pueblos más cerriles... ¿adónde irá esta muchacha...? Parecen preguntarse, y al enterarse de quién soy, en lugar de pensar que he sacrificado muchas esperanzas, me miran con desdeñoso despego... “¡Bah! Una pobretona que trabaja...!” Y no saben, no llegan a comprender que *a esta pobretona que trabaja* le sobra hasta el corazón...!³⁰

A Carmen le creaba enorme desazón la mirada desdeñosa, despreciativa, de la gente que la veía pasar a diario camino de la oficina. Le obsesionaba que pensarán de ella, con mezquindad e ignorancia, que era una pobretona digna de compasión que no tenía más remedio que trabajar para aliviar las miserias familiares.

La joven estaba atravesando una etapa tortuosa. Padecía un litigio constante entre sentimientos encontrados. Frente a ello, Carmen sabía muy bien que su medio de promoción social no estaba en aquella oficina de auxiliares de calco, sino en los escritos que diariamente pergeñaba a escondidas robándole horas a la noche o aprovechando el descuido de sus jefes.

16. Lecturas e influencias: Rubén Darío y Bécquer

Aquel año de 1923 había dado para mucho. Tenía acabados numerosos relatos, pequeñas reflexiones sobre la vida, el sueño, las ilusiones que procuraba mantener y que defendía con vehemencia. Seguía leyendo a Insúa, a Pérez Lugín y, muy especialmente, a Palacio Valdés. Sentía también admiración por Pedro Mata, otro de los autores de éxito del momento cuyo naturalismo galante y erótico la cautivó en dos de sus novelas: *Corazones sin rumbo* y *El misterio de los ojos claros*. Contaba asimismo, entre sus libros de cabecera, con la obra de dos poetas que habían empezado a ejercer una poderosa influencia sobre ella. El primero era el Rubén Darío de *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*; el otro, Gustavo Adolfo Bécquer. Gracias a su vecina Joaquina, ocho años mayor que ella, Carmen tenía a su disposición un volumen de sus *Obras Completas*, el de las *Rimas*, del que se servía para alumbrar algún texto romántico, como la prosa titulada «Amarga evi-

30 De nuevo recurrimos a esas “Breves notas autobiográficas” (1923-1925) que Carmen guardó en un sobre y que se halla en los archivos del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena. El fragmento en cuestión pertenece a un escrito que ella tituló «La Oficina» y lleva la fecha del 22 de mayo de 1925. Ver nota 221.

dencia», fechada, según hizo constar la autora, el 12 de diciembre de 1923. «Tener quince años y leer a Bécquer —decía en 1936 la escritora— es una experiencia muy interesante. Fui acompañada por Bécquer a lo largo y ancho de mi adolescencia. Ningún otro poeta me ponía tan a tono con la divina melancolía, con la elogiada tristeza. [...] Me invadieron las *Rimas* que más me gustaron leer, y toda mi memoria las ha repetido siempre con la fruición de quien se reitera juramentos inolvidables»³¹.

Mientras tanto, continuaba escribiendo nuevas páginas de su novela *La danzarina rusa*, obra que le serviría, junto a otras, de tarjeta de presentación al correr de los meses, cuando las circunstancias se mostraran propicias y Carmen fuera descubierta por la flor y la nata de la gloriosa intelectualidad local.

17. Carta de Amando Palacio Valdés

Pero ese mes de diciembre, Carmela seguía su carrera en solitario y veía con pesadumbre cómo el año concluía sin pena ni gloria, sin más apoyo que el de sus buenos vecinos y el de las compañeras de trabajo que ya habían advertido la fuerza de su vocación. Pero ella era resuelta, audaz, y sin perder tiempo, quiso probar fortuna con alguno de sus ídolos literarios de entonces. Nos consta que trató de contactar con el novelista Pedro Mata, de quien había conseguido la dirección de Madrid (Calle Goya) y Santander (Delegación de Hacienda), pero, al parecer, jamás obtuvo respuesta del popular autor de relatos galantes. Ni corta ni perezosa, escribió más tarde una larga misiva al mismísimo Armando Palacio Valdés, un venerable escritor de setenta años, novelista de éxito y Académico de la Lengua, con el propósito de hacerse oír, de requerir sus consejos y de despertar en él, si no una curiosidad literaria, sí al menos una voluntad complaciente. Carmen consiguió la dirección del viejo escritor (Calle Lista, Madrid) y decidió relatarle sus propias y penosas vicisitudes: «Crea usted —decía la muchacha en las últimas líneas de su escrito— que desearía ser yo quien llevase al papel los gloriosos pensamientos que su imaginación fe-

31 Carmen Conde: «Mi Bécquer», Revista *Libros*, nº 20, Madrid, mayo de 1936, págs. 1-12. En ese mismo trabajo, la escritora hace un comentario pormenorizado de la *Rima VII* y, especialmente de su última estrofa:

«¡Ay! —pensé— ¡Cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: "¡Levántate y anda!"

»Qué es esto? ¿Un postulado? ¿El Romanticismo como el Renacimiento cree que es fácil, digno, necesariamente hermoso, arrancar de la ignorancia a los espíritus cegados?

»¿Se puede llamar para que el alma abra su puerta? ¿Cuál voz es la voz que hará levantar y andar a los sonos que duermen en santísimas arpas humanas?... El talento está allí arropado, sin atreverse a soltar sus anillos de Saturno para recrearse planetariamente en la rotación lírica. Esperando, en sueño estremecido, y se puede, se debe llegar hasta el rincón oscuro, apretar bien los ojos y los labios para espantar el polvo de telarañas y de olvidos en que yace el talento. Sí, es así; porque el renacimiento becqueriano *nos lo dicta*» (*op.cit*, pág. 12)

cunda, crea. Quisiera ser su secretaria; pero eso es imposible. Y adiós, ya. Feliz Año Nuevo, le desea su afectísima amiga y admiradora sincera; C.C.A. Cartagena»³².

En este caso, las palabras de la muchacha surtieron efecto y a los pocos días de enviar su intrépida epístola, recibió una respuesta elocuente y cumplida del insigne académico:

Amable señorita

Agradezco las benévolas frases con que me honra y sus ingenuas y modestas confidencias. Aunque feminista convencido (y de ello puede usted cerciorarse leyendo el ensayo titulado "El gobierno de las mujeres" inserto en los *Papeles del Dr. Angélico*) no soy partidario de la mujer literata. Sin embargo cuando ésta escribe despojándose de su innata coquetería (cosa difícil) con sencillez y modestia, entonces puede lograr éxitos muy merecidos. Le recomiendo la lectura del *Diario de Eugenia Guerin* que ha traducido y publicado la casa Gili de Barcelona. Es verdaderamente delicioso. Leyendo a su hermano Mauricio, un poeta inmortal, ha sido ella la que ha logrado darle la inmortalidad con su diario.

Escriba usted, pues, como Eugenia Guerin, sin pensar en el público ni en la gloria y todo se le dará por añadidura.³³

La carta llevaba fecha de 19 de diciembre de 1923, por lo que Carmen podía despedirse del año con la pequeña satisfacción de haber sido escuchada y atendida por una de las grandes figuras literarias del momento. No sabemos si la joven llegó a leer el diario de la escritora francesa Eugénie de Guérin o si comprobó el supuesto feminismo de Palacio Valdés en su libro *Los papeles del doctor Angélico*, pero de lo que sí podemos dar fe es de que Carmen Conde Abellán pudo y supo librarse muy pronto de toda coquetería o melindre literaria y de que la ocasión de demostrar su talento andaba ya muy cerca.

18. La Voz de Cartagena

Durante los primeros meses de 1924 concluye esa primera novela, *La danzarina rusa*, y otra que había comenzado a escribir y que llevaba el ampuloso título de *La aurora del alma*. Así las cosas, el 1 de abril de 1924 apareció en Cartagena el primer número de *La Voz de Cartagena*, diario independiente de la mañana, un periódico que iba dirigido al público menos tradicionalista y que prestaba especial atención a los jóvenes. Una de sus secciones fijas, la titulada «De ellas y para ellas», estaba dirigida a la mujer y tenía el carácter de tribuna abierta a cualquier colaboración femenina. Carmen no pasó por alto la oportunidad y envió su primer artículo, un auténtico alegato contra la necedad y la ordi-

32 El fragmento seleccionado corresponde al borrador de la carta enviada a Palacio Valdés y se halla entre las "Breves notas autobiográficas" (1923-1925) que se conservan en los archivos del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena. En su encabezamiento consta la siguiente referencia: *Jueves, 10'15 noche (Navidad de 1923)*.

33 Carta de Armando Palacio Valdés fechada el 19 de diciembre de 1923 y conservada en los archivos del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena con la referencia 001-00001.



► La escritora, a los diecisiete años, en Cartagena. Foto de Haro Hermanos.

nariez de muchas jóvenes y una defensa de un modelo de mujer culta, sensible, honesta y enérgica. Podemos decir, entonces, que estamos ante el primer trabajo publicado por Carmen Conde en la prensa de Cartagena y, sin duda alguna, ante un hecho negado o desconocido hasta el momento: su estreno y su primera aparición pública ante los lectores. Tanto José M.^a Rubio Paredes, autor de un meticuloso estudio sobre la obra juvenil de la poetisa cartagenera, como M.^a Victoria Martín González, especialista en su producción periodístico-literaria, han señalado que «la primera noticia de Carmen Conde que aparece en la prensa, lo fue en *El Liberal* de Murcia del 6 de diciembre de 1924». Según el citado catedrático, el primer texto de la escritora que vio la luz en un periódico fue «un breve comentario literario del corresponsal en Cartagena, Miguel Pelayo, sobre una joven paisana, cuyo nombre silencia “cumpliendo con la petición de la interesada”, incluyendo una bellísima muestra. [...] Por tanto, lo primero que compusieron las cajitas de la producción literaria de Carmen Conde, no fueron “cuentos y artículos” en *El Porvenir*, ni tampoco “un cuentecito muy inocente”, sino una poesía, un verso»³⁴.

Mucho nos tememos que la escritora murciana tenía razón. Sus primeras colaboraciones, las que publicó en *La Voz de Cartagena*, fueron cuentos y artículos, y ese *cuentecito muy inocente* aparecido en el diario *El Porvenir* al que se refiere en sus memorias³⁵, fue, en efecto, un cándido relato anterior al 6 de diciembre de 1924 del que tampoco se ha dado noticia hasta el momento (*La prometida del Príncipe Ilusión*).

Nuestra escritora continuó enviando sus colaboraciones a *La Voz de Cartagena* de modo regular hasta comienzos del mes de mayo. Ya no eran artículos, sino relatos breves, cuentos y prosas líricas que denunciaban aún las carencias de la escritora: un acopio de candidez en los temas y una ampulosidad retórica que resultaba engorrosa para el lector. Nos consta que fueron siete en total los trabajos que publicó en este medio entre el 7 de abril y el 11 de mayo de 1924. Era una adolescente desorientaba, sin maestro, a la que aún le faltaba mucho por depurar. Sus puntuales intentos por recabar consejo y apoyos no habían dado el fruto esperado; y con ese conciso equipaje y una admirable temeridad, no tuvo el menor pudor en publicar sus cuentos y sus prosas.

Aquel atrevimiento no fue para ella una experiencia agradable; más bien contribuyó a acentuar la decepción y el desánimo en su ya maltrecho espíritu. El motivo fundamental era el escaso eco que tuvieron aquellas colaboraciones y el limitado alcance de esos textos tan faltos de verdad, tan miméticos todavía. No obstante, la razón de que Carmela dejara de colaborar en aquel medio a comienzos de mayo, no se debió a una decisión personal, sino a la desaparición de aquel periódico el 31 de julio de 1924, es decir, cuatro meses después de su fundación y tras la edición de 105 números (el periódico no salía los lunes).

34 José M.^a Rubio Paredes: *La obra juvenil de Carmen Conde*, op.cit., pág. 88.

35 En la página 45 del primer volumen de sus memorias (*Por el camino, viendo sus orillas*, Vol. I, op.cit.) Carmen dice textualmente al hablar de sí misma: «Se atreve a publicar un cuentecito muy inocente en el diario decano de la ciudad titulado *El Porvenir*, y la gente la felicita».

19. La protegida del poeta Miguel Pelayo

Fue a comienzos de otoño cuando el azar puso en manos de Carmen un libro de prosas titulado *Gaviota*, de un tal Andrés Cegarra Salcedo. A la muchacha le había hablado de un poeta enfermo, bastante joven, que vivía en el pueblo vecino de La Unión. Andrés Cegarra, debido a su minusvalía, no se prodigaba demasiado en los ambientes cultos de la ciudad, pero sus colaboraciones en la prensa murciana venían de lejos. Había editado un bello poemario, *Sombras* (1919), y ahora le sorprendía cierto reconocimiento gracias al libro publicado ese mismo año, *Gaviota y otros ensayos*, en la editorial Levante. Andrés tenía por entonces treinta años y desde la infancia padecía una anquilosis progresiva que no le impidió acabar el bachillerato y estudiar en Murcia la carrera de magisterio. Hacía nueve que la parálisis había minado su cuerpo, y con la única ayuda de sus manos, todavía útiles para ciertos menesteres, se dedicaba fervientemente a la escritura y a la editorial que él mismo había fundado en 1918, *Levante*, verdadero soporte editorial de numerosos autores murcianos³⁶.

Carmen consiguió, por medio del pariente de un amigo que iba todas las semanas a La Unión y que conocía personalmente a Cegarra, un ejemplar de *Gaviota*. A partir de ese momento y dado que aquel hombre vivía a escasos once kilómetros de su casa, no era una figura encumbrada en las nubes del éxito y parecía, por lo tanto, mucho más asequible que esos ídolos de la capital, se animó a dirigirle una carta. Así comenzó una de las relaciones más valiosas y conmovedoras de la etapa juvenil de Carmen.

La muchacha había puesto en manos de Andrés Cegarra nada menos que su segunda novela: *La aurora del alma*. Pedía sinceridad a aquel poeta enfermo e impedido, pero al mismo tiempo le rogaba que fuera indulgente, pues su cultura era menguada y sólo se valía de su voluntad y de sus ilusiones. Guiada acaso por los consejos de Palacio Valdés, también dejaba claro desde el principio que lo suyo no era un capricho pasajero de niña malcriada, ni una coquetería, sino una auténtica vocación.

Pocos días más tarde comentó en el trabajo su descubrimiento de aquel poeta joven y las expectativas que había puesto en él. Se la veía ilusionada después de mucho tiempo

36 Asensio Sáez nos describe a Andrés Cegarra «atado a un sillón de paralítico, aceptando la decisión de aquel destino inmisericorde que le aparta del mundo. [...] La dolorosa inmovilidad de Andrés no impediría, sin embargo, que la habitación del escritor dejara de convertirse en centro de animadas tertulias literarias, en las que, a lo largo del tiempo, persiste la memoria, entre otros, de Antonio Ros, José Rodríguez Cánovas, Raimundo de los Reyes, Pedro García Valdés... [...] Es precisamente esa habitación donde se forja la Editorial Levante, "pomposa, ingenua, mínima, descomunal", epítetos formulados por Pedro García Valdés al descubrir su puesta en marcha: "Ni timbres ni teléfonos, ni máquinas de escribir... La correspondencia se despacha a pulso sobre el mármol de la mesilla de noche de Andrés, con una pluma de colegial..." Nace así, sin embargo, una importante colección de libros, una serie de novelas cortas, tan del gusto de la época; un boletín publicitario, un almanaque literario...» Ver *Homenaje a María Cegarra*, Murcia, Edic. de Santiago Delgado, Editora Regional de Murcia, 1995, págs. 19-20. También es interesante el trabajo de Ramón Jiménez Madrid «La editorial Levante de Andrés Cegarra Salcedo», revista *Montearabi*, nº 7, Yecla (Murcia), 1989.

y aquella actitud no cayó en saco roto para Salomé Tortosa, una de sus compañeras de oficina. La muchacha quiso contribuir con su mejor voluntad y alguna que otra influencia a que la felicidad de Carmen tuviera un fundamento más sólido, de modo que se comprometió a hablar con don Antonio Mateo, su profesor de música y, a la sazón, organista de la catedral, para que éste hiciera llegar a don Miguel Pelayo algunos trabajos de Carmen. Don Miguel Pelayo Sánchez era, por excelencia, el poeta oficial de Cartagena y acaso el hombre más influyente en la vida cultural de la ciudad.

Como, en efecto, aquel mes de octubre de 1924 todo parecía confabularse en su favor, una mañana de aquéllas —Carmen nunca olvidaría ese momento—, «apareció Salomé contentísima en la oficina: don Miguel Pelayo me quería conocer porque lo que leyó mío le gustaba. Dios se lo pague con gloria. Deberíamos reunirnos en casa del profesor de Música de mi compañera. Y así fue: doña Soledad Losa, la anciana señora del profesor, preparó una meriendita deliciosa»³⁷.

Tres días más tarde, se produjo el esperado encuentro:

Anoche fui presentada al gran Poeta Pelayo, en casa de D. Antonio. Me colmó de elogios, que según él eran escasos para alabar mi talento, completamente femenino, cosa que hasta hoy no se ve, pues las mujeres escritoras son poco femeninas...

¡Yo estoy asombrada!... Asombrada porque no me creo tan valedera, y mucho más, porque dos hombres tan prestigiosos se tomen ese interés por mí. Nuevamente me hago esta pregunta:

—¿Valdré algo, verdaderamente?³⁸

El domingo 15 de noviembre de 1924, el diario *El Porvenir* de Cartagena publicaba en dos de sus páginas la colaboración literaria de una joven llamada Carmen Conde Abellán. Se trataba de un cuento que Miguel Pelayo le había mandado escribir para su debut en la prensa local, un relato titulado *La Prometida del Príncipe Ilusión* que la muchacha había pergeñado hacía unos días. «¡Un paso más!», declaraba ella con el lógico entusiasmo de ver de nuevo en letras de molde y en un diario de prestigio uno de sus relatos.

El 9 de diciembre fue la puesta de largo de la escritora en las páginas de *El Liberal* de Murcia. En ellas, Miguel Pelayo ejercía de maestro de ceremonias jugando con la sorpresa del lector. Presentaba a una nueva escritora y ofrecía como primicia un breve poema de la joven prometiendo desvelar el nombre y dedicarle, más adelante, mayor atención y espacio:

A nuestra mesa de trabajo, harto llena de versos propios, nos llega hoy un ramillete de estrofas de mujer que oculta su belleza, su juventud y su nombre bizarro y españolísimo en un exótico pseudónimo. [...] ...nuestro corazón saboreó el gozoso hallazgo de una poetisa cartagenera, que inicia su paso, firme y seguro, hacia las antologías. Respetamos el incógnito que place a la modestia o a la cautela de esta gentil muchacha, pero no reservamos al lector

37 Carmen Conde: *Por el camino, viendo sus orillas*, Vol. I, op.cit., pág. 38.

38 *Ibid.*



▷ La escritora, a finales de los cuarenta.

la grata nueva de haberse abierto una flor de honda espiritualidad en el jardín lírico de Cartagena, de cuyo fino aroma puede juzgar. [...] Del lindo ramillete que perfuma nuestra mesa de trabajo ofreceremos nuevos búcaros, y del poderoso temperamento literario de la autora de estos versos, nos ocuparemos con el espacio y la atención que merece.—M.P.³⁹

No cabe duda de que don Miguel Pelayo cumplió su promesa; y lo hizo dos días después con toda la pirotecnia que aconsejaba el caso, encabezando las tres columnas de su nueva colaboración con la solemnidad de un título en grandes caracteres tipográficos: «CARMEN CONDE». Otra vez se deshacía en aclamaciones el poeta cartagenero desde las páginas de *El Liberal*, pero ya sin misterios y apostando fuerte por una muchacha a la que augura un próspero y fascinante futuro literario. Y la prueba de que ese despliegue de aplausos y alabanzas era toda una campaña de promoción y lanzamiento orquestada por el propio Pelayo para situar a la joven en el punto de mira de la cultura local es que, en ese mismo artículo, tras los encomios del poeta que ocupan una larga y sembrada columna en la primera plana, las otras dos son por entero para su protegida, quien las aprovecha estampando en ellas una narración lírica titulada *Nostalgia*. Nos hallamos, por un lado, ante la primera crítica literaria (favorable, sin duda) que Carmen pudo leer acerca de un texto propio y, por otro, frente a una prosa poética que marcaría la pauta de lo que habría de ser su producción hasta 1944, esto es, hasta la aparición de su primera obra propiamente narrativa: *Vidas contra su espejo*.

No se podía pedir ni más ni tanto para salir del silencio y de la indiferencia que hasta aquellos momentos venía padeciendo la muchacha. Todo le sonreía. Había publicado en *El Liberal*, un diario de cobertura regional y de gran tirada, y por si fuera poco y gracias a la presentación social de Pelayo, ahora también le brindaba sus páginas el director de *El Porvenir*, uno de los periódicos decanos de Cartagena y, sin género de dudas, el medio que más espacio y atención prestaba a la cultura.

Carmen se encontraba en el camino idóneo para que pronto fuera reconocida y admirada por sus paisanos. A partir de lo que podríamos definir como despegue definitivo de nuestra escritora, la producción literaria de Carmen Conde ya no tuvo tregua ni descanso y caminó junto a ella como una sombra atada a su vida. Sus colaboraciones de juventud en la prensa y en las revistas locales y regionales se prodigaron de modo regular hasta finales de 1927. Un escrupuloso rastreo por estas publicaciones nos permite obtener conclusiones bastante orientadoras sobre los temas, los géneros y hasta la red de relaciones literarias, sociales y humanas que Carmen cultivó en ese periodo de tres años en el que la muchacha se asentó con firmeza en la vida cultural de Cartagena; una etapa esta que podemos calificar de fase depurativa, de búsqueda y tanteo, en la que nuestra autora probó suerte, a través de esos escritos periodísticos, en todos los géneros literarios, desde el artículo o la crónica pura, a la prosa poética, al cuento y, en ciertos casos, al teatro. Carmen Conde publicó en ese periodo 125 colaboraciones de muy diverso género y contenido.

39 El texto de Miguel Pelayo apareció en la sección "Glosario cartagenero", de el diario *El Liberal* de Murcia, el 9 de diciembre de 1924. El poema que incluye en su presentación *anónima* de Carmen Conde lleva el título de «Dicen que».



▷ Carmen Conde y su esposo, Antonio Oliver, en la cartuja de Valldemosa (Palma de Mallorca) en 1931, de viaje de novios.

20. Antonio Oliver

Carmen supo hacerse un hueco en la tribuna local y regional y no desaprovechó aquellos años para escribir nuevas novelas, como la titulada *Ilusiones*, de 1925, y una breve pieza teatral, *A los acordes de la pavana*. Conoció a ilustres personajes de la escena, como Eduardo Marquina o los hermanos Álvarez Quintero. Participó en programas de Radio Cartagena y en numerosos actos oficiales de la ciudad. Curso estudios de bachiller gracias a la beca que le concedió el consistorio y obtuvo los primeros premios literarios. No obstante, hasta bien entrado el año de 1927, las lecturas, las influencias y los mentores de la joven no eran los más recomendables para salir de la mediocridad provinciana y, desde luego, para situarse en un lugar destacado de la literatura nacional.

Fue ese año, el de 1927, cuando la existencia de Carmen se cruzó con la de un joven poeta cartagenero que, al correr del tiempo, sería su esposo y su presumible compañero. Hablamos de Antonio Oliver Belmás.

En contraste con los orígenes austeros y llanos de Carmen, el pasado de Antonio gozaba de un prestigio social bastante distinguido en la capital portuaria. Cuatro años mayor que la escritora, la vida de Antonio se vio marcada por la pérdida temprana del padre y por una salud debilitada que hizo de él una criatura sensible y frágil, hechos que determinaron, sin duda, el temple humano y el carácter del futuro poeta.

El propio Oliver sitúa su despertar al mundo de los libros, a la literatura en general, en 1916. Fue entonces cuando su hermano Francisco de Paula orienta su afición lectora y pone en sus manos un libro determinante: *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío. Dadas las dificultades familiares, Antonio renuncia a realizar una carrera universitaria y se presenta en 1919 a los exámenes para acceder al Cuerpo de Telégrafos, empleo del que toma posesión en enero de 1922. Un año antes y a tenor de sus frecuentes recaídas, le detectan una endocarditis reumática crónica que le deja, de por vida, una lesión en el corazón, todo «un estigma que le acuciará el resto de su existencia»⁴⁰. Por ese tiempo, Antonio conoce a un poeta muy familiar para nosotros y de notable ayuda literaria y humana para el joven: Andrés Cegarra Salcedo. También inicia ese año la amistad con José Rodríguez Cánovas (Cartagena, 1899-1975), personaje decisivo en su formación, amigo incondicional y hombre destacado en los ambientes literarios y eruditos de la región de Murcia. De la mano de todos ellos da una nueva orientación a sus lecturas y conoce profusamente a Juan Ramón Jiménez, a Rubén Darío, a Antonio Machado y a Bécquer.

Oliver no andaba lejos de darse a conocer a los lectores cartageneros y el hecho ocurrió el domingo 23 de septiembre de 1923, en la Página Literaria del diario *La Verdad*, en cuya sección “Versos inéditos” vio la luz su poema «Nocturno». El joven estaba muy influido en esas fechas por Juan Ramón Jiménez, pero también por poetas como Manuel y Antonio Machado y, sobre todo, por figuras más cercanas geográfica y sentimentalmente a él como Salvador Rueda, Vicente Medina y Pedro Jara Carrillo.

40 José Luis Abraham López: *Antonio Oliver Belmás y las Bellas Artes en la prensa de Murcia*, Ayuntamiento de Cartagena, Cartagena, 2002, pág. 12.

A partir de aquel momento y con la publicación mensual de una colaboración en el citado periódico, Oliver ya es un personaje asiduo de los cafés y cenáculos de Cartagena, un poeta plenamente incorporado al panorama literario que comenzaba a disfrutar de contactos que posteriormente iban a ser decisivos. Y entre esos nombres no podía faltar el de dos valedores inquebrantables para Antonio como fueron Andrés Cegarra y Juan Guerrero Ruiz. Éste último, secretario personal de Juan Ramón Jiménez y cónsul general de la poesía española, como lo llegó a definir Federico García Lorca años más tarde, se convierte en la sombra de Oliver y en el amigo que más le anima a escribir en esos años.

Cuando Antonio conoce a Carmen en un baile de carnaval celebrado en el casino cartagenero, el joven poeta ya era autor de un primer libro, *Mástil* (1925), y tenía forjado un nombre entre los jóvenes escritores murcianos. Sobre lo que llegó a suponer aquel encuentro se ha insistido hasta la saciedad en el hecho incontestable de que el poeta cambió radicalmente el rumbo ciego de la joven para encaminar sus pasos hacia las cumbres exactas de una verdad poética aún por explotar.

Ella misma reconoció en sus memorias que a los diecinueve años

...se había enamorado locamente del poeta joven y avanzado de la ciudad. Tuvo otros enamorados y creyó haber amado a alguno... No era verdad. La verdad es la de ahora. [...] Con mi encuentro con él en 1927 empezó de veras mi andadura literaria. El amor desencadenó mi tímida vocación todavía.

Multitud de poemas —continúa la escritora— fue relegada o destruida por Antonio, que le temía a mi facilidad para la expresión lírica. Estoicamente veía destruir cuartillas porque creía con toda mi alma en el seleccionador. Un día, llegó a mí contrito por la sospecha de si habría roto algo que no lo mereciera...⁴¹

Es cierto que el poeta cartagenero entró en la vida de la muchacha como un vendaval dispuesto a llevarse por delante cuanto había de caduco y anacrónico en los escritos de Carmen —«Antonio me decía que mi problema estaba en restar, no en sumar»⁴²—, pero también lo es que su tarea de censor tuvo más de leyenda que de fenómeno real, y la prueba la hallamos en el hecho de que Carmela, pese a toda la fe que manifestó profesar a Oliver, conservó prácticamente todo cuanto escribió desde sus más primitivos comienzos, aun cuando los guardara en sobres y carpetas rotulados por la propia poetisa con la frase: *Horrendos principios literarios que guardaba mi madre*.⁴³ Por otro lado, resulta más que aceptable que la figura de Antonio Oliver enriqueciera literariamente a nuestra escritora: era cuatro años mayor que ella, provenía de una familia de sólida cultura, tenía estudios, contaba con un respetable bagaje poético, estaba mejor informado acerca de la realidad literaria del país y gozaba de la experiencia de una obra publicada. Pero esas razones no justifican la idea extendida de que Carmen era, hasta aquel momento, un alma perdida, sin apenas pasado, un ser apartado de la civilización que es redimido por obra y gracia del oportuno Pígalión de Oliver. Ella misma reconocía y matizaba en el prólogo

41 Carmen Conde: *Por el camino, viendo sus orillas*, Vol. I, *op.cit.*, págs. 46-47.

42 Todos los trabajos de Carmen anteriores a 1927 que se conservan en el archivo del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena se guardan en un dossier rotulado por la propia escritora con el nombre de *Horrendos principios literarios que guardaba mi madre*.

43 Zenaida Gutiérrez-Vega y Marie-Lise Gazarian-Gautier: *Carmen Conde, de viva voz, op.cit.*, pág. 92.

a su libro *Ansia de la Gracia* que «hasta marzo de 1927 mi vocación se veía tristemente sujeta a su información decimonónica novelística. La vehemente juventud mía despertó a su verdadero clima. ¡Qué horror de años con tan falsa visión literaria! Y advierto que digo *falsa* no por la sustancia de lo conocido y admirado únicamente hasta ese día, sino porque no respondía yo íntegramente a ello; porque yo era de mi tiempo, el que hemos llamado luego generación de 1930»⁴⁴. Pero había más, porque muchos años después, enfrentada a la verdad de una vida que se extinguía para ella por momentos (la escritora tenía ochenta y cuatro años), ante la pregunta de si Antonio Oliver Belmás influyó tan drásticamente en el curso de su vocación literaria y pedagógica, su respuesta ya no fue la misma que había defendido con vehemencia tiempo atrás:

Bueno, yo antes de conocer a Antonio, desde muy jovencita, ya escribía. Claro está, que escribía bajo los presupuestos culturales que yo tenía en Cartagena con catorce y quince años y dieciséis. Cuando él ya fue novio mío, me dijo: "tú no respondes a la realidad de tu tiempo, ni a tu edad, ni a tu sensibilidad, ni a tu imaginación". En aquel momento, no quiero olvidar que ya publicaba yo en todos los grandes periódicos de Madrid y en revistas de Madrid y Barcelona, con la nota significativa de que yo no conocía a nadie de aquellos señores que escribían [...]. Ahora bien, en la parte literaria sí. [...] A quien no conocía era a Juan Ramón Jiménez, y entonces fue cuando Antonio me llevó sus libros. Me habló de él: le conocía personalmente.⁴⁵

21. Descubriendo a Juan Ramón

Lo que parece bastante claro es que, hasta la llegada de Oliver, Carmela se las había apañado por su cuenta, tenía sobradas agallas, recursos suficientes para valerse de unos y de otros, para defender como una loba el territorio de su vocación y presumir del prestigio ganado entre sus congéneres.

Lo que sin ninguna reserva aportó Antonio a la carrera de Carmen fue su nueva visión —actualizada, sin duda— de autores y obras desconocidos para ella y, en ciertos casos, el redescubrimiento de otros que hasta ese momento no llamaban especialmente su interés. Y el caso más preciso y trascendente fue la lectura, en abril de ese año, de *Platero y yo*, obra de Juan Ramón Jiménez que opera tan profunda transformación en su sensibilidad que se podría hablar, sin miedo a equivocarnos, de un antes y un después en la producción literaria de la muchacha.

Antonio —constataba Carmen en sus memorias—, comprensiblemente *infatuado* con su recién nacida vida de autor, desdeñaba mis por aquellos años pueriles creaciones literarias: cuentecillos, novelitas, artículos periodísticos... Disponiendo de su deslumbrante impresión espiritual en mi adolescencia me

44 Carmen Conde: «Confidencia literaria». *Entregas de Poesía*, nº 11, Barcelona, noviembre de 1944; también recogido en el prólogo de su libro *Ansia de la Gracia* (1945). Ver Carmen Conde, *Obra poética (1929-1966)*, *op.cit.*, pág. 245.

45 Zenaida Gutiérrez-Vega y Marie-Lise Gazarian-Gautier: *Carmen Conde, de viva voz*, *op.cit.*, págs. 21-22.

Madrid, 4 julio, 1927

Sra.
Carmen de Acuña,
Cartagena.

Muy Srta. mía:

me he interesado
por sus cartas y poemas, sobre
todo simpática. Le envío, con
el mayor gusto, "Peluza y yo"
- revista que para nos-
otros es una línea que no pierda nada
tan azarosa, tan misteriosa
nada.

Es verdad que yo no
escribo así a nadie, pero, en
juzgo, no parecen inútiles
estas cartas. ¿Le he hablado
todavía para que me envíe hacia
Cartagena, ¿verdad, este mes?
¿Por qué no de julio?

Tengo un poco de mie-
ra de su poder magnético, so-
nante amiga ligera.

Misiva del poeta Juan Ramón Jiménez
a la escritora de Cartagena, Madrid, 4
de julio de 1927.

su amigo
Juan Ramón Jiménez.

Religioso, A6.

exigió que lo abandonara todo para leer únicamente —y escribir después— los que él me indicara. Empezamos por *Platero y yo*... Desisto de exponer lo que sentí al conocer a J.R.; con pasión me entregué a todos sus libros; no supe oír ni hablar de cuanto no fuera su obra. Entraron en mi vehemente exaltación mi enamoramiento, mis no cumplidos veinte años, la candente carga emocional de que nací dotada... Dichoso asistía mi novio a mi *transformación* trepidante, dichosa iba yo descubriendo mi auténtico ser. [...] De repente, ya no hubo en este mundo una criatura tan enloquecida por la poesía como yo. [...] Por aquellos días escribí poemillas en prosa dedicados al poeta y otros inspirados en sus libros. Era el tiempo en que el joven necesita conocer a los que prefiere o, por lo menos, escribirles para manifestarles cómo y cuánto les admira. Por eso yo le dije a mi novio que iba a escribirle a J.R.J. Antonio se sonrió para suavizarme la desilusión que habría de ocasionarme sus palabras: "Es inútil escribir a J.R.J., no contesta —generalmente— las cartas, vive enclausurado en su propio mundo creador, ajeno, distante..." Para mi fe no existían obstáculos previos y lo que Antonio me decía me resultaba incongruente. No recuerdo si le contesté o no acerca de sus bondadosas advertencias; a esta distancia sólo se levanta en mi memoria la acción: le escribí a Juan Ramón»⁴⁶.

Y tal cual ella misma relata, la muchacha escribió al poeta solicitando un ejemplar firmado de *Platero y yo* y empleando un tono de confianza y de admiración rendida con el que logró ganarse su curiosidad y su afecto.

Demasiado sabrá usted —declaraba Carmela en su sentida carta— la impresión que su hermosísimo libro ha producido en todos sus lectores; renuncio por lo tanto a describirle a usted la mía, ¡tan insignificante frente a las otras! Sólo puedo decirle una cosa interesante; yo que soy fuerte para todo, he llorado con su libro... [...] Yo le juro, admirado sr., que con su libro, he sentido mejor y más tierna, y más altamente que con ningún otro. Siento con toda mi alma, no saber decirle todas las emociones que bajo la caricia de sus prosas, nacieron en mi alma. En gracia a mi devoción, perdone usted los defectos de mi lenguaje.⁴⁷

En contra de los malos augurios de Antonio, que había fracasado repetidas veces en su empeño de obtener una simple respuesta del vate andaluz, Carmen lo pudo conseguir al primer intento y con una misiva intensa y cálida que el poeta le hizo llegar desde su torre de marfil el 4 de julio de 1927:

Srta.

Carmen Conde Abellán,

Cartagena.

Muy Srta. mía:

me ha sido usted, por sus cartas y poemas, sumamente simpática. Le envío, con el mayor gusto, "*Platero y yo*" —dedicado hace ya un mes— y estas líneas que me pide usted tan atractiva, tan mimosamente.

46 Carmen Conde: *Por el camino, viendo sus orillas*, Vol. III, *op.cit.*, pág. 64.

47 Carta del 25 de abril de 1927 (código de referencia: 004-00309).

Es verdad que yo no escribo a casi nadie, porque, en jeneral [sic], me parecen inútiles las cartas. ¿Qué ha hecho usted para que yo mire hacia Cartagena, sonriendo, esta mañana hermosa de julio?

Tengo un poco de miedo de su poder magnético, romántica amiga lejana.

Su amigo

Juan Ramón Jiménez Velázquez, 96.⁴⁸

Bien podía decir la muchacha que, a partir de aquel momento, su carrera literaria empezaba ya en firme, porque con sólo «veinte años —declaraba ella misma en sus memorias—, desde Cartagena, sin pertenecer a grupos literarios, sin historia literaria, recién nacida a la poesía y por virtud del amor también recién hallado, nada menos que Juan Ramón Jiménez, que había ido dando la alternativa a casi toda la llamada generación de 1927, contestaba mis cartas, me ponía telegramas, me pedía más poemas y los incluía en sus exquisitas publicaciones. De golpe había entrado en el reducido mundo de las *minorías* juanramonianas»⁴⁹. Y lo cierto es que Carmela no exageraba ni un ápice, ya que ese mismo año, la mano divina de Juan Ramón guiaba sus pasos hasta su círculo de protegidos y la incluía en el índice de poetas elegidos para figurar en el primer número de su revista *Ley* (*entregas de capricho*), aparecida en noviembre de 1927.

En aquella publicación, entre los nombres de Manuel Altolaguirre, Joaquín Ramírez Cabañas, Rafael Alberti y José Bergamín podían leerse tres poemas en prosa de Carmen Conde Abellán: «Casa», «Pregón» y «Queja»:

1. CASA

La esquina, al viento de los molinos que andan. Otra, al campo que tenía un horizonte rosa y sol. Las otras dos esquinas, atadas a los árboles de las sendas, como dos perros blancos.

Todas las tardes me sentaba en una de las cuatro esquinas.

2. PREGÓN

¡Llevo luceros, luceros, en la mano derecha. Llevo estrellas, estrellas, en la mano izquierda!

Dime, hombre de todas las noches de luna, ¿qué mano vas a besarme?

3. QUEJA

¿Por qué me has quitado tus manos, tanto y tan bien como acariciaban mi frente?

48 Primera carta de Juan Ramón Jiménez con fecha 4 de julio de 1927 (código de referencia: 002-0044).

49 *Ibid.*, pág. 65.

Para que me quieras otra vez, te regalaré un collar de islas; un sistema nervioso de horizontes. ¡Me abriré, para ti, todas las mañanas, en el jarro de tus labios!

Asombra, sin duda, la sorprendente transformación experimentada por Carmen en apenas unos meses. No se trataba ya de una labor de cosmética literaria, sino precisamente de limpieza, de gran depuración. Había sido un año de intensas emociones en el que, tras iniciar la amistad con Antonio, seleccionó sus lecturas, conoció de lleno a Juan Ramón, leyó con avidez a Gabriel Miró (a quien Oliver conocía personalmente) y se desprendió de todo el lastre estético y caduco de su anterior concepción de la literatura.

Carmen se distanciaba, pues, de aquello que le resulta accesorio y emprendía una rigurosa labor selectiva, hacía borrón y cuenta nueva con su mundo anterior, con esos *ingenuos* comienzos que miraba ahora con vergüenza y desdén. No obstante, y pese a tan notoria transformación, la escritora cartagenera sólo estaba inaugurando una etapa más en su dilatada trayectoria literaria y creativa; un periodo que aún se distanciaba mucho de su madurez como escritora y que cabe situar nueve años más tarde, cuando las circunstancias dispusieron para ella dos hechos de irreparables consecuencias: la guerra civil española y el deslumbramiento provocado por un amor tan verdadero como irreconciliable con la moral ajena y la conciencia propia.

- ABRAHAM LÓPEZ, José Luis: *Antonio Oliver Belmás y las Bellas Artes en la prensa de Murcia*, Cartagena, Ayuntamiento de Cartagena , 2002.
- —«La memoria y la poesía de Antonio Oliver Belmás», en *Cartagena Histórica*, Cuaderno monográfico nº 8, Cartagena, Editorial Aglaya, 2003.
- ALONSO, Dámaso: *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1961, pág. 339-344.
- ALVAR, Manuel: «Cinco romances de asunto novelesco recogidos en Tetuán», *Estudis Romànics (1951-52)*, Institut d'Estudis Catalans, Vol. III, Barcelona, 1954, págs. 57-87.
- —«Tras los símbolos y los mitos en un poema de Carmen Conde», en *Cráter*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1985.
- ALVARARO BALLESTEROS, Rafael: «Poesía ante el tiempo y la inmortalidad», *Homenaje a Carmen Conde*, Majadahonda (Madrid), Ayuntamiento de Majadahonda, 1996, págs. 23-30.
- CANO, José Luis: *Los Cuadernos de Velintonia. Conversaciones con Vicente Aleixandre*, Barcelona, Seix Barral, Biblioteca Breve, 1986.
- CATILLO-PUCHE, José Luis: «Carmen Conde, esa desconocida», *Homenaje a Carmen Conde*, Majadahonda (Madrid), Ayuntamiento de Majadahonda, 1996, págs. 47-50.
- CONDE, Carmen: *Brocal: (poemas)*. Madrid, La Lectura, 1929.
- —*Júbilos: (poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos)*. Pr. de Gabriela Mistral; dibujos de Norah Borges de Torre. Murcia, Sudeste, 1934.
- —*Empezando la vida: memorias de una infancia en Marruecos: (1914-1920)*. Ilustraciones de Antonio Salas. Tetuán, Al-Motamid, 1955.
- —*Empezando la vida: memorias de una infancia en Melilla: (1914-1920)*. Melilla : UNED, 1991.

- —*Por el camino, viendo sus orillas*. Barcelona, Plaza & Janés, 1986. 3 v.
- —*Obra poética de Carmen Conde: (1929-1966)*. [Pr.-estudio de Emilio Miró]. Madrid, Biblioteca Nueva, 1967.
- DÍAZ-PLAJA, Guillermo: *Figuras con paisaje al fondo (De Virgilio a Carmen Conde)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981.
- DIEGO, Gerardo: «La poesía de Carmen Conde», *Homenaje a Carmen Conde*, Majadahonda (Madrid), Ayuntamiento de Majadahonda, 1996, págs. 59-64.
- DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier: *Miguel Hernández y el Grupo murciano de la revista Sudeste*, Murcia, Murgetana, núm. 50, 1978.
- —«Carmen Conde, los negros sonidos y el tiempo», *Tránsito*, Madrid, 1979, págs. 30-32.
- —«Glosando la juventud de Carmen Conde», *Castilla*, 15, 1990, págs. 69-74.
- —**Introducción a Carmen Conde. Antología poética, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.**
- DÍEZ DE REVENGA, F. Javier y DE PACO MOYA, Mariano: *Historia de la Literatura murciana*, Murcia, Universidad de Murcia-Real Academia Alfonso X el Sabio-Editora Regional de Murcia, 1989.
- DOLÇ, Miguel: «Hacia el orbe poético de Carmen Conde», *Días por la tierra: Antología*, Madrid, Editora Nacional, 1977.
- GARCÍA ABELLÁN, J. y LUNA Guillén, L.: *Gentes de Murcia, años treinta*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 1992.